

PIETRO CITATI

LA LUZ
DE LA NOCHE

LOS GRANDES MITOS
EN LA HISTORIA DEL MUNDO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La luce della notte*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1996 by Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán

© de la traducción, 2011

by Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos

© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-92649-92-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 6317-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LOS JUEGOS DEL TAO

Ningún libro me gustaría tanto recomendar a los lectores de cualquier país como el *Chuang-tzu*, la obra maestra de la literatura taoísta. Un libro único y maravilloso; libro para leer y releer, hojear y volver a hojear; libro para tener junto a la cama o en la mesa de trabajo durante meses enteros; nos bastará una imagen para inventar mundos, una sentencia o un cuentecillo para reflexionar durante años, una página para cambiar completamente nuestra vida, un capítulo para transmigrar al lugar ingravido del Tao. Muchas veces no entendemos. El razonamiento es demasiado arduo, la analogía demasiado lejana; nos pasamos un día entero con una frase; el editor entiende aún menos que nosotros; hasta que, de repente, se hace un rayo de luz y, a través de mil velos, mil agujeros, llegamos dichosos al fondo del texto, donde se oye todavía el suave aliento del Tao.

No creo que haya ningún libro que recoja y unifique mejor que éste las cualidades opuestas. Está detenido, concentrado, inmóvil, dedicado todo él a la revelación y adoración del Uno inefable. Y, mientras nos metemos entre sus páginas, cambia como la nube, como la lluvia, como el arco iris, enamorado de la ductilidad, de la multiplicidad, de las contradicciones. Sólo leyéndolo llegamos a entender que las dos miradas que ponemos en la realidad puedan fundirse en una sola. Vemos al Uno en lo mudable, a lo mudable en el Uno. Conocemos la realidad de la Tierra; una realidad coloreada de reyes, sabios, bandidos, campesinos, idiotas, animales, montañas, ríos y árboles, que un pincel sutilísimo traslada a las hojas de papel. En cuanto aparece esta reali-

dad, alguien hace aparecer detrás de ella la misteriosa presencia del Vacío, que les quita el peso a las cosas y las traspasa de aire, como esponjas empapadas de una sustancia ultraterrestre. Así, con su sustancia misma, el *Chuang-tzu* nos aconseja que no nos quedemos *aquí*, en la Tierra, y que no vayamos *allí*, sino que nos detengamos en la cumbre, y nos quedemos allí en equilibrio, donde todo tiene una apariencia doble y soberanamente irreal.

No conocemos, si exceptuamos los diálogos de Platón, una tensión y una elegancia intelectual semejantes. Una inteligencia purísima lleva el pensamiento hasta el extremo de su rigor, hasta un punto que no puede traspasarse, hasta un punto en que sentimos el estremecimiento de lo infranqueable. Y precisamente allí, el pensamiento se convierte en objeto de risa; el maestro hace alusiones, desliza sobreentendidos, ironiza, se pone a jugar; una importante demostración filosófica se convierte en apólogo o en cuentecillo o en juguete cómico, que podría hacer los placeres de un niño. El pensamiento, pues, no tiene nada de abstracto; nos sonrío amablemente, encarnado en estos deliciosos y concretos atavíos. A veces Chuang-tzu es clarísimo, pero si pensamos en lo que dice, nunca como en esos momentos nos parecerá más enigmático. En ocasiones va más allá de la apariencia de las palabras; llega a superar incluso el silencio; oye lo que está más allá de la palabra y del silencio; nombra las cosas que no pueden ser dichas y que, sin embargo, son admirablemente dichas mediante el arte de revelar y esconder. Tiene la sabiduría más sutil, el artificio más delicado; pero sabiduría y artificio se disuelven con encantadora, blanda y suave naturalidad.

¿Qué es el Tao? Si «contiene en sí su raíz y ha existido siem-

pre, mucho antes de la creación del cielo y de la tierra», antes, incluso, del nacimiento del Uno, si habita donde no hay altura ni profundidad ni duración, entonces, no hay duda: el Tao es trascendente. Podemos llamarlo Dios, siempre que desechemos todas las connotaciones cristianas de la palabra. El Tao es un dios impersonal, frío, lejanísimo, ausente, como la estrella más helada del cielo. Tiene la cualidad fundamental que el pensamiento occidental atribuye al Ser; aunque es tan vacío, puro, infinito, carente de toda limitación y determinación, que también podríamos llamarlo Nada. «Está siempre inactivo y no hay nada que no haga»; es inmóvil, pero el quieto, líquido, armonioso movimiento del universo procede de su ausencia y de su quietud. De todas formas, inmediatamente después de haber dicho que el Tao es trascendente, Chuang-tzu concluye: es inmanente. Si queremos verlo, debemos mirar con los ojos interiores a esa hormiga, a esa brizna de hierba, a esa teja, a este montón de estiércol; el Tao está aquí, ante nosotros, ubicuo y omnipresente, es la silenciosa ley que regula todas las cosas, el ritmo fluido del universo.

En nuestro mundo no vemos más que antítesis; antítesis que constituyen su sustancia, como el *yin* y el *yang*, la oscuridad y la luz, el frío y el calor, la hembra y el macho, la pasividad y la actividad, lo par y lo impar, la línea quebrada y la línea recta. O bien, las antítesis generadas por las ideas humanas. Hay quien se pregunta: ¿hay algo que haya creado el mundo o éste procede de la nada? ¿Existe o no existe el Tao? Cuando se sitúa ante las ideas, al sabio taoísta le sobreviene una hostilidad profunda. Detesta la unilateralidad, la rigidez, la parcialidad, la fragmentariedad de todas las construcciones intelectuales, tan queridas por los seres humanos, y rechaza los dos términos de cualquier dilema—no puede decirse ni que haya habido un creador ni

que no lo haya habido, no se puede decir que el Tao exista y tampoco que no exista (o, si se prefiere, podemos irónicamente afirmar ambas cosas a la vez)—. No es tarea del sabio producir esos paquetes diáfanos y manejables que son las ideas. Por encima de cada una de ellas, por encima de todo precepto, intención y moral, sitúa un punto de vista parecido al de un novelista, un punto de vista distante, ausente y vacío, único y primordial—el Tao que ilumina todas las contradicciones del mundo.

Volvemos, pues, al punto de partida. Al final de nuestro recorrido, ¿qué podemos decir del Tao? No podemos decir nada; tenemos que borrar de nuestra mente hasta las palabras con que habíamos tratado de definirlo. Como decía Lao-tzu, el Tao es aquello que se mira sin verlo, aquello que se escucha sin oírlo, aquello que se toca y no puede cogerse; se levanta y no brilla, se pone y no se oscurece; si uno va a su encuentro, no ve su cabeza, si lo sigue, no ve su espalda. Cuando alguien le pregunta a Chuang-tzu qué es el Tao, no contesta. «Quien sabe no habla, quien habla no sabe». Cualquier intento de aprehender y abarcar con la palabra la unidad del Tao es una traición, porque supone caer bajo el yugo de la distinción. Sólo un taoísta de inteligencia inferior se atreve a contestar: «Para conocer el Tao, no se debe pensar ni reflexionar; para quedarse en el Tao, no se debe adoptar ninguna postura ni dedicarse a nada; para poseer el Tao, no se debe partir de ningún sitio, ni seguir ningún camino». ¿Pero de qué sirven estas palabras? Cualquier discurso humano en torno al Tao es una caída fatal en relación con la experiencia—más allá de las palabras y del silencio—que tengamos de él.

Ya que no puede discurrir sobre el Tao, el sabio puede imi-

tar su forma en la forma de su vida. Aparta de sí toda rigidez, «embota lo que está afilado». Su inteligencia se hace blanda y plástica como la medusa, sutil y flexible como el junco. De los cuatro elementos elige como modelo el agua; el agua que se detiene, cuando topa con un obstáculo, y que sigue corriendo, si se rompe ese obstáculo; que es cúbica o esférica, según el recipiente en que se ponga, y, precisamente, esa pasividad y ductilidad la hacen el más fuerte de todos los elementos. Como el agua, la naturaleza del sabio no se puede dividir en partes; cede a todas las cosas y penetra en todas las cosas; no tiene forma; es neutra e insípida; sólo se altera cuando se la agita y sus agitaciones no duran mucho, porque no proceden de ella, sino del viento.

Cuando alcanza esta condición, el sabio conoce la bienaventuranza del Vacío, con el que coincide el Tao. Aunque todos exalten la perfección de lo lleno, él sabe que el secreto del mundo reside en lo vacío: los radios son indispensables para hacer una rueda, pero su perfección depende del cubo vacío; la arcilla es necesaria para modelar la cerámica, pero la belleza de un cántaro depende de la forma vacía que circunscribe; los ladrillos son indispensables para construir las puertas y ventanas de una casa, pero lo que importa es la forma vacía de las puertas y de las ventanas. De este modo, el sabio hace el vacío en sí mismo, anulando su yo. Anula sus deseos, sus impulsos, sus amores, sus odios; la tristeza y el placer, la alegría y la ira. Borra sus experiencias, encerrándose en su natural innato. No mira, no escucha, no siente, no conoce, no sabe. «Vela en tu interior, ciérrate a lo exterior». Entonces, se vuelve quieto como el Tao: tranquilo como la bahía, silencioso como el desierto, pacífico como la melodía, tenue como el eco. Sin forma, sin resistencias, sin deseos, sin voluntad, sin pasiones, atraviesa el mundo como una barca sin ama-

rras que va a la deriva por el agua; refleja en su puro espejo intelectual los opuestos del universo, todas las criaturas que existen, todas las cosas que acaecen y aparecen, «hasta los pelos de la barba y de las cejas». Como recomiendan Lao-tzu y Chuang-tzu, no actúa. La pasividad es la única acción perfecta. La acción que nace del corazón inmóvil de la vida transmite a todas las formas su movimiento suave e ininterrumpido.

¿Es sólo esto el sabio? ¿Un asceta que vela en su interior y se cierra a su exterior? La moral taoísta es doble; nada más afirmar una cosa, la completa con la opuesta. A Chuang-tzu no le gusta aquel que tiene un carácter unilateral, rígido e inflexible, aquel que enarbola principios de comportamiento soberanos. «Si al creador le place transformar mi brazo izquierdo en gallo, yo cantaré para anunciar el alba; si transforma mi brazo derecho en ballesta, mataré codornices; si transforma mis nalgas en ruedas y mi alma en caballo, me moveré como un coche». Así se abandona el sabio a las transformaciones naturales, las del Tao. Puesto que el mundo es una constante mudanza, un juego de crecer y decrecer, llenarse y vaciarse, acabar y volver a empezar; puesto que las circunstancias y los azares de la vida cambian continuamente, él cambia y se pliega, como las hierbas que se doblan con el viento y las olas que se deshacen en la playa. Se convierte en todas las cosas, asume todos los colores: unas veces es sombra; otras, luz; otras, nube; otras, piedra; otras, río; otras, monte.

Su movimiento no se detiene jamás. Como un mar que se desplaza continuamente desde una orilla hasta la otra, que se aleja de sí; llega hasta su contrario, se identifica con él, y vuelve luego a su orilla. Su existencia consiste en vivir en un polo anticipando con la mente el polo opuesto. Si quiere llegar a la claridad, avanza entre las tinieblas; si quiere pro-

ceder hacia delante, se vuelve hacia atrás; si quiere llegar a lo liso, camina por lo rugoso; si quiere alcanzar la cúspide, avanza hacia lo hondo; si quiere ver lo blanco, pasa por lo sucio; si quiere poseer la fuerza, conoce la debilidad y la impotencia. Pero, en sus mutaciones, el taoísta aprende un secreto: su yo vacío y flexible es una sustancia porosa, pero, para él, la realidad también es igualmente vacía y porosa, de forma que yo y realidad se encuentran sin tocarse ni adherirse ni compenetrarse nunca. Y, así, el taoísta puede decir de sí mismo: «Tranquilamente se transforma, pero, también tranquilamente, no se transforma». Su total aceptación del universo coincide con un total rechazo; su absoluta extroversión, con una concentración absoluta. Siente alegría con las metamorfosis del mundo y es indiferente ante ellas. Se mueve ondulante entre las cosas como un pez, y se cierne altísimo, por encima de las cosas, como un halcón.

La meta a que Chuang-tzu aspira está todavía más alta. «Despojaos del cuerpo—exhorta—, abandonad el oído y la vista, olvidad los seres y sus relaciones y todo se reabsorberá en la indistinción primordial. Desatad el corazón, dejad correr vuestra inteligencia, anonadad el alma, y los distintos seres del mundo encontrarán su raíz común». Enseña a respirar no sólo con los pulmones, sino con el cuerpo entero, desde los pies y, con ello, a concentrar y unificar las fuerzas vitales; a danzar jugando, como los pájaros. Respirando y danzando, enseña a levitar por encima de la materia. Deja de sentir que su cuerpo se apoye, que sus pies estén sobre algo; el viento lo mueve, hacia el este o hacia el oeste, como una hoja o una brizna de hierba seca; no sabe si es el viento lo que lo arrastra a él o si es él quien arrastra al viento; hasta que, sin que nada lo canse o le oponga obstáculo alguno, retoza, a caballo de la luz, en la inmensidad del vacío. Y, así, volando como el espíritu mismo de la lige-

reza, se remonta al origen, antes de que se produjera la distinción entre el *yin* o el *yang*; o bien asiste al momento en que los dos principios opuestos se unen, formando la armonía universal. En ese momento de éxtasis, no ve, no oye, no percibe nada de lo exterior; su inteligencia se hace una con el Tao, que tantas veces había tratado inútilmente de expresar con palabras.

Si le hubiéramos preguntado a Chuang-tzu qué odiaba más, habría contestado sin dudarle un instante «la línea recta»; la línea que las manos de los hombres empezaban ya entonces a trazar sobre las cosas para someterlas a la geometría de la inteligencia. «El que utiliza la plantilla, la cuerda, el compás y la escuadra para rectificar, ofende a la naturaleza; el que hace uso de la cuerda, del cordel, de la cola y de la laca para consolidar las cosas, va contra sus cualidades; quien doblega a los hombres con el rito y los debilita con la música, quien los protege con la bondad y los mantiene unidos con la justicia, corrompe su naturaleza originaria», dice. La encarnación más perversa de la línea recta es la moral. Antes de que alguien la inventara, los hombres iban por el buen camino sin conocer el sentido del deber; se amaban los unos a los otros sin profesar el ideal del amor humanitario; eran sinceros sin saber qué era la lealtad; mantenían su palabra sin conocer el valor de la confianza. Con la imposición de la moral, empezaron a perder la intuición profunda del Tao, y a perder la espontaneidad y la soltura con que se habían movido en las aguas nutricias del mundo. Pero la «línea recta» tiene otras muchas encarnaciones: la idea de que en la vida lo único que importa es la utilidad; la idea de que nada hay más perfecto que el hombre maduro y las cosas hechas; la idea de que la acción buena tiene que ser

algo querido por la razón, acompañado por la conciencia y puesto en obra por la voluntad.

Frente a la línea recta, Chuang-tzu celebra apasionadamente la riqueza, la movilidad, la multiplicidad, la espontaneidad, la blandura, la infinitud, la viva tensión entre los contrarios que distinguen a la naturaleza, reflejo, a su vez, de la luz del Tao. Nadie podría ser menos ingenuo que él cuando escribe: «El estado de la naturaleza es el que es: la curva natural no procede de ninguna plantilla; la recta natural, de ninguna cuerda; el círculo natural, de ningún compás; el cuadrado natural, de ninguna escuadra». ¿Por qué, entonces, idolatrar al hombre maduro? Cuando nace, el hombre es flexible y débil; cuando es fuerte y rígido, muere. Cuando nacen los árboles, son flexibles y tiernos; cuando están secos y duros, mueren. Lo que vale en la vida es lo no hecho; lo que brota y no está todavía formado, pero esconde en sí la futura riqueza del crecimiento; los tiernos miembros del lactante, cuya potencialidad y posibilidades son infinitas.

Durante todo el día el niño mira sin mover los ojos, porque para él el mundo exterior no existe. Camina sin saber a dónde va y se mantiene tranquilo sin saber qué hace; como él, el sabio taoísta vive envuelto en la naturaleza y en la oscuridad del inconsciente. No piensa en nada cuando está en casa, no reflexiona cuando camina; no trata nunca ni de perfeccionarse ni de progresar. «Cumplir sin saber por qué, eso es el Tao». La buena acción ignora los proyectos y los cálculos; nace de la inconsciencia, como el fruto de la flor. «El santo que ama a los hombres ignora su amor; son los demás los que le dan ese nombre. Y parece que se diera cuenta de su amor sin darse cuenta en absoluto, y que supiera de él como si no lo supiera en absoluto». Nada más difícil e inusitado que la ingenuidad y la inocencia taoístas;

proceden de un conocimiento completo, amargo e irónico de la vida, de sus contrastes y del juego de antítesis que la atraviesa, y se parecen al candor supremo, la gracia infantil, la dulzura descarnada, que sólo tienen los grandes viejos.

Cuando Chuang-tzu contempla las cosas, transforma completamente su sustancia. «Tenéis un árbol grande y os preocupa su inutilidad, ¿por qué no lo plantáis en el país de la nada y del infinito? A su sombra todos podrán pasear tan a gusto y echarse allí si les apetece», escribe. No se cansa de defender las cosas inútiles, gratuitas y frívolas; de repetir que el sabio, pura esencia, gesto gratuito, no sirve para nada y a nadie. Cuando contempla la vida, Chuang-tzu desliza la irrealidad en la realidad, lo inexistente en lo existente, lo vacío en lo lleno, lo infinito en lo finito, lo informe en lo formado, y construye una sustancia intermedia, en la que «lo que es» y «lo que no es» hallan un equilibrio armonioso. Termina, así, por ver en la existencia un sueño, que confluye en otro sueño que, a su vez, es parte de otro sueño del que no nos despertaremos nunca. ¿Pero quién es el que sueña y quién el soñado? «En cierta ocasión, Chuang-tzu—escribe el propio Chaung-tzu, hablando de sí con amable ironía—soñó que era una mariposa que revoloteaba, contenta de su suerte, sin saber que era Chuang-tzu. De repente se despertó y se dio cuenta con estupor de que era Chuang-tzu. Y entonces ya no supo si era Tzu que soñaba que era una mariposa, o una mariposa que soñaba que era Tzu».

LA POLÍTICA ABSOLUTA

No quisiera que *El libro del Señor de Shang* fuera considerado una rareza cultural, un texto chino arcaico que hubiera caído quién sabe cómo en nuestra mesa de lectura. No im-